

EL SUJETO FEMINISTA: DE LA EPISTEMOLOGÍA A LA POLÍTICA

Stella Villaranea
Universidad de Alcalá

Ponencia presentada en el X Simposio de la Asociación Internacional de Filósofas “La pasión por la libertad. Acción, pasión y política. Controversias feministas”, Barcelona, 2-5 octubre 2002.

1. Introducción

Los problemas filosóficos en el ámbito de la moral tienen que ver, entre otras cosas, con la aclaración de la naturaleza de la moralidad y de su importancia para la consecución de una vida individual buena y de una sociedad mejor. En relación con la educación moral existen dos teorías clásicas, la de Aristóteles y la de Kant. La disyuntiva entre Aristóteles y Kant forma parte del núcleo de las discusiones actuales en filosofía moral, filosofía política, pedagogía o epistemología. En general, este debate entronca con la polémica entre la ilustración y la postmodernidad o la hermenéutica.

En esta presentación, sugiero que las posiciones de Aristóteles y de Kant nos sitúan ante un dilema. Para intentar solucionarlo exploro una vía intermedia entre ambas opciones. Esta indagación se realiza mediante el análisis de un proyecto emancipatorio: la construcción del sujeto moral feminista.

2. Disyuntiva entre Aristóteles y Kant

Para Aristóteles, la formación moral no es una cuestión ajena a la temporalidad ni al contexto social. El comportamiento moral requiere un entrenamiento previo, y éste resulta de la vida en comunidad. Además, la acción moral individual requiere una *polis* justa, esto es, una *polis* organizada para facilitar a

sus miembros la consecución de sus fines naturales, en último término, la felicidad.

Para Kant, en cambio, la excelencia de la acción moral tiene que ver con la necesidad y la universalidad. Más allá de mis circunstancias, intereses o deseos particulares, me someto a una regla de conducta válida para todos los seres humanos. La fundamentación de la moralidad no es ya la *polis*, sino el ámbito de la razón universal objetiva.

De la descripción de la moralidad y su educación que trazan Aristóteles y Kant surge el siguiente dilema. El énfasis de Aristóteles en lo particular comporta la descripción del agente moral como sujeto vinculado a una comunidad de origen. Esta visión dificulta la crítica a la tradición y la independencia del sujeto moral. El énfasis de Kant en lo universal ofrece una descripción del agente moral como sujeto autónomo. Hay reglas morales absolutas y necesarias que deben gobernar nuestras acciones al margen de quiénes somos social o culturalmente. El ámbito de lo moral no radica en la *polis*, en realidad, ni siquiera tiene su origen en lo humano, pues lo divino también está sujeto a ley moral. Esta descripción tiende a desarraigar al sujeto de cualquier anclaje social. Planteado este dilema entre la aproximación vinculada y la desvinculada, la dificultad radica en escoger una de ellas. Sin embargo, ¿realmente es necesario optar? ¿No se podría, en cambio, intentar recorrer una vía intermedia que describa de una forma no paradójica la construcción del sujeto como agente moral? ¿Cómo podríamos empezar? Sugiero atender a un caso de construcción del sujeto moral que ejemplifica con claridad la conexión de los aspectos particulares con los universales en relación con los asuntos morales. Me refiero al desarrollo de la identidad emancipatoria feminista.

3. La construcción de la conciencia emancipatoria feminista

En efecto, la construcción de la conciencia emancipatoria es un caso de desarrollo del sujeto como agente moral. Su estudio muestra la combinación entre los elementos particulares o vinculados y los universales o autónomos, a los que me he referido antes. La construcción de la conciencia emancipatoria aparece así como un proceso individual dotado de referencias universalistas. La exploración del desarrollo de la identidad emancipatoria feminista revela que todo proceso de educación moral contiene elementos epistémicos, lingüísticos y políticos. (En esta presentación me ocupo sólo de algunos aspectos de los elementos epistemológicos y políticos que tienen que ver con la educación moral. Los componentes lingüísticos han sido objeto de atención en otros trabajos.)

La apelación a la epistemología moral y política tiene sentido por lo siguiente. El conocimiento en el que están interesadas las teorías emancipatorias es aquel que puede servir como instrumento liberador, aquel que necesaria e inevitablemente se traduce en acción emancipatoria. Al hablar de la relación entre el conocimiento y la acción moral y política, es necesario adoptar, sin embargo, algunas precauciones. Pues no es claro en absoluto que el conocimiento sea una condición necesaria y suficiente para las acciones morales y políticas que requiere la emancipación. En primer lugar, desde luego, porque, a pesar de las tesis de Sócrates al respecto, sigue siendo debatible que el conocimiento conduzca por sí solo a la acción moral. A menos mientras no se explique de forma convincente el papel de la debilidad de voluntad o de la maldad moral en el comportamiento. Pero también porque los análisis de teoría crítica nos han mostrado la importancia de otros factores a la hora de explicar nuestras conductas morales. Hemos descubierto, por ejemplo, hasta qué punto las situaciones de poder, la invisibilidad de las acciones que realizan ciertos

sujetos, la baja autoestima del individuo, la alienación, o la falta de reconocimiento de la identidad personal, entre otros factores, condicionan nuestras capacidades como agentes morales. No obstante, aceptar que el conocimiento no puede erigirse en el único factor que determina la acción moral, no ha de impedirnos reconocer la influencia notoria que ejerce en ella.

La formación de una nueva identidad moral parte del proceso de concienciación. Este proceso consta, en mi opinión, de varias acciones: en un primer momento, las mujeres se distancian de las distintas caracterizaciones sobre sí mismas aprendidas y asumidas acríticamente hasta ese instante; en un segundo momento, aspiran a localizar y re-significar las heterodesignaciones, esto es, dotar de un nuevo contenido a lo que se ha dicho de ellas sin contar con ellas; por último, construyen mediante elementos conceptuales ya dados, pero también con la ayuda de la imaginación, un nuevo marco de interpretación desde el que plantear salidas y propuestas.

Aí pues, la creación de la conciencia feminista supone la reconstitución crítica del significado de la experiencia social tal y como la viven las mujeres. Su fin es adquirir un tipo de conocimiento a partir del cual se pueda emprender la difícil tarea de imaginar un futuro aceptable para el conjunto de la sociedad. El proceso de concienciación está asociado de modo indisoluble con un proceso de recreación de las significaciones dadas y asumidas hasta ese instante de forma irreflexiva por el sujeto. Las mujeres construyen, de manera individual y colectiva, una serie de juicios que les permiten describir la situación injusta en la que viven, y encontrar las claves conceptuales y materiales para salir de ella. Desde esta perspectiva, la conciencia emancipatoria feminista surge como la precipitación en forma de conocimiento de un cúmulo de experiencias prácticas. De ahí que el conocimiento no se conciba sólo como una representación adecuada de la realidad, sino sobre todo como una respuesta determinada a la pregunta por

cómo vivir y transformar esa realidad. Esta aproximación requiere desde luego prestar atención a la conexión entre el juicio y la realidad, pero también exige reparar en la relación que vincula el sujeto epistémico con su entorno social. Es así como surgen los contenidos morales y políticos del conocimiento, esto es, las propuestas sobre cómo se debe educar, cómo ha de actuarse, y cómo se puede proyectar una vida buena, tanto a nivel individual como colectivo.

El análisis de los procesos de concienciación y resignificación muestra que estos actos cognitivos resultan claves para la constitución de una nueva identidad. Mediante la elevación a consciencia de la situación en la que cada mujer está por el hecho de serlo, así como mediante la reinterpretación de la propia situación bajo nuevas claves, las mujeres logran apropiarse de una nueva identidad. Esto les permite trascender la situación en la que hasta entonces estaban. Se entiende pues que la epistemología moral emancipatoria haya de abordar la aclaración de qué entendemos por agente moral, es decir, por individuo autónomo y libre, y que también haya de explicar la noción de ciudadano, es decir, de sujeto que participa activamente en la construcción de su sociedad.

Pues bien, respecto de estos fines, el feminismo epistemológico aspira no tanto a la localización de juicios individuales cuya garantía se agota por apelación a sujetos particulares, como a la enunciación de juicios cuya justificación exige adhesión universal. (Ejemplo.) El sujeto epistémico feminista no ha de entenderse como un individuo definido por sus especificaciones concretas (ha nacido aquí, es de sexo femenino, ha sido educada de esta manera, etc.) en función de las cuales emite juicios de validez restringida. Este tipo de postura conduciría al relativismo y carecería de toda fuerza operativa emancipadora. Al contrario, el sujeto epistémico ha de describirse, en la medida de lo posible, como una identidad abstracta que puede ser rellenada por

cualquiera de nosotros, sea cual sea su género concreto. En la situación ideal, los argumentos y criterios de justificación que el sujeto ofrezca no pertenecen ya a un individuo o subgrupo, sino que están referidos al conjunto de la comunidad social. De esta manera, se evita el carácter nominalista o particularista de su discurso. (Ejemplo: el asunto no es si la chica llevaba o no minifalda; la cuestión es qué debe juzgar el juez y cómo debe aplicar la ley.)

En este punto de la argumentación surge, sin embargo, una paradoja. ¿Es posible partir de una definición según la cual el conocimiento está guiado por intereses — cuya justificación, por tanto, queda caracterizada según sean los intereses de cada individuo en cada momento —, y concluir con una definición en la cual los distintos intereses quedan neutralizados o, mejor dicho, ya no cuentan porque han quedado integrados o representados en una concepción universal? La contestación a este interrogante exige, por una parte, atender a los procesos de construcción de la identidad personal. Por otra, tiene que subrayar el hecho de que en estas cuestiones epistemológicas y morales no hay atajo posible, esto es, que no es correcto desvincular de antemano y por decreto el conocimiento de la voluntad de poder, como tampoco lo es separar este conocimiento de los fines de la acción propios de cada sujeto. La manera de superar la individualidad no es pretender anularla ni decidir de manera voluntarista o impositiva que ésta no juega ningún papel. Al contrario, la construcción de la universalidad sólo puede lograrse encontrando el punto de unión entre todos los individuos. Por este motivo, el feminismo epistemológico tiene que incorporar una concepción del sujeto que sea capaz de hacer abstracción de las distintas particularidades, y definir a todos los individuos como miembros iguales de una sociedad. A mi entender, es la referencia moral y política a una comunidad universal lo que dota de coherencia y eficacia al proyecto.

4. Vía intermedia: bases particularistas y universalistas de la construcción de la identidad moral

La reflexión sobre el tránsito desde los aspectos epistemológicos a los ético-políticos en relación con la emancipación, ilumina la construcción de la identidad feminista y nos permite ver la imbricación de los aspectos particularistas y universalistas que nos preocupaban. De un lado, parece lógico pensar que una concepción del mundo en términos de género que sea coherente con la puesta en marcha de acciones morales igualitarias, exige un estudio de la noción de identidad personal emancipada. De otro, la posibilidad de esta emancipación no ha de darse por supuesta sino que ha de poder ser garantizada. Esto supone que en relación con el tema de la construcción de la identidad moral nos tropezamos de nuevo con la disyuntiva entre lo que ha venido en llamarse perspectiva autónoma, universal o ilustrada, y la perspectiva vinculada, particular o hermenéutica a las que nos referíamos al comienzo.

No cabe duda de que tanto la perspectiva ilustrada como la hermenéutica han mostrado rendimientos interesantes en sus análisis del presente y en sus exploraciones de las posibilidades de emancipación futuras. No obstante, creo que es un callejón sin salida plantear el debate como una disyuntiva entre la ilustración y la hermenéutica. El paradigma de la autonomía ilustrada satisface nuestros deseos de emancipación individual, pero ignora la existencia necesaria de relaciones comunitarias. El paradigma del reconocimiento hermenéutico satisface nuestros deseos de integración, pero anula por ello mismo cualquier aspiración universalista. De ahí el interés de vertebrar un nuevo argumento que acoja lo fundamental de ambos, al tiempo que evite caer en componendas simplificadoras o contradictorias. Por mi parte, propongo explorar una “tercera vía” que explique la construcción de la identidad emancipada de modo que no

pierda de vista la idea de sujeto libre, pero tampoco deje a un lado los lazos que definen la subjetividad.

A mi modo de ver, en tanto que la hermenéutica deja paso o da importancia al contexto, puede ayudar a arrojar luz sobre la necesidad de incorporar tradiciones, interpretaciones, alternativas y puntos de vista distintos al debate. Hay muchos lugares desde los que hablar, hay muchos discursos que elaborar, hay muchas voces que oír, pero esto no equivale a decir que haya infinitos lenguajes ni que seamos mudos, lelos, ciegos o sordos en todos excepto en uno. La posibilidad y necesidad de contrastación e interpelación universal se erigen así en las normas fundamentales para adquirir, dotar, comunicar y reconocer el sentido. Por su parte, el proyecto ilustrado coloca como ideal normativo la posibilidad de la emancipación aunque no garantiza su realización.

Como es sabido, la tensión entre la hermenéutica de las tradiciones y la ideología de la liberación, ha sido una de las cuestiones recurrentes en el debate contemporáneo sobre cuestiones morales y políticas. Quizá sea el momento de preguntarse hasta qué punto se pueden conjugar ambas mediante lo que podríamos llamar una hermenéutica crítica. A mi juicio, la capacidad para establecer un punto de encuentro entre ambas perspectivas dependerá en buena medida de si el interés por la emancipación viene posibilitado tanto por la propia tradición como por la propia esencia, proyecto o existencia en que el sujeto humano consiste.

De lo anterior se deduce que el sujeto epistémico se convierte en sujeto moral y político cuando logra la identidad personal, esto es, cuando obtiene y disfruta tanto de la autonomía como del reconocimiento. Obviamente, es ésta una descripción ideal (en el sentido de ideal normativo hacia el que todo sujeto tiende), que topa continuamente con las limitaciones del presente. Lo cual no impide que la entendamos y que guíe nuestros esfuerzos.

La dificultad máxima surge cuando reparamos en la tensión básica que soporta la línea de argumentación que se ha defendido en este ensayo, en el que se ha tomado como punto de partida la hermenéutica, pero se ha colocado como límite de llegada el ideal ilustrado. El recurso a la hermenéutica ayuda a introducir la posibilidad de distintas interpretaciones, la producción de/desde perspectivas diferentes. Mientras que el recurso a la ilustración permite apuntar unas nociones de verdad y libertad que dan sentido a la emancipación. La estrategia consiste en combinar la vinculación propia de la aproximación hermenéutica con la desvinculación característica de las posturas ilustradas. Sin duda, habrá a quien este cóctel le parezca, efectivamente, explosivo. Por mi parte, creo que la clave del eventual éxito del método de investigación emprendido reside en el tipo de contestación que demos a la siguiente pregunta: ¿Es posible la reflexión sobre la construcción del sentido, en particular, sobre la construcción de sentido en que se apoya la identidad personal? ¿O sólo cabe *vivir* el sentido, pero no *comprenderlo*? No es fácil contestar este interrogante, por lo demás, clásico en la historia de la humanidad. Quizá sea cierto que cualquier reflexión sobre la vida sólo logra evaporarla, quizá ocurra que una reflexión tal sólo pueda hacerse en forma de poesía, pero, *quizá*, quepa aún explorar un espacio propiamente *filosófico*. Abrir ese lugar y configurarlo exigiría, entonces, los esfuerzos conjuntos de estas dos metodologías tan distintas en que consisten la epistemología y la filosofía moral y política tanto hermenéutica como ilustrada.

5. Conclusión

Una de las aportaciones más importantes de las teorías emancipatorias a la filosofía moral ha sido profundizar en las relaciones entre conocimiento, moralidad y poder. La exploración ha recorrido sin duda el aspecto más obvio

de esta relación, aquel que demuestra que el acceso al conocimiento comporta bien la adquisición de poder bien la reafirmación en su posesión (*empowers*). Pero también se ha ocupado de otro aspecto, desde luego más complicado, como es el de mostrar hasta qué punto la justificación y legitimación de nuestras pretensiones cognoscitivas van ligadas a situaciones de dominación y exclusión moral.

Las teorías emancipatorias quedan atrapadas en el nudo que tensan el cabo de la ilustración y el de la postmodernidad en torno a los asuntos de educación moral. A este respecto, la filosofía actual tiene por delante la tarea de construir puentes entre la tradición ilustrada y la hermenéutica, es decir, la tarea de formular una noción del sujeto moral, que nos permita transitar más o menos cómodamente los caminos que conectan el engranaje social con la madurez individual. El nuevo imaginario epistémico y político ha de ser capaz de explicar cómo surge la identidad personal y colectiva a partir, por un lado, de atributos ya dados y reconocidos como tales por el propio sujeto y por los que le rodean y, por otro lado, de propuestas originales rompedoras cuya comprensión requiera tiempo y desvelos.

En efecto, entrar en un sistema conceptual autojustificador como el patriarcal con la intención de desmontarlo requiere dos cosas: que confrontemos las contradicciones inherentes a nuestras propias vidas como mujeres y hombres, y que encontremos y desarrollemos nuevos recursos de interpretación y acción más allá de los empleados en las teorías filosóficas tradicionales. Escribir, hablar y pensar maneras alternativas de entender a los seres humanos, su diferencia genérica y su igualdad específica, son ya por sí mismas formas de razonamiento epistémico, de conducta moral y de acción política transformadora. En estos dos sentidos, la contribución de las teorías emancipatorias feministas al desarrollo de todos los sujetos como agentes morales, es indudable.

